

cimientos, superiores al medio y a la época juntó las virtudes sacerdotales y trabajó por la honra de Dios, el progreso de la que él estimó como su segunda patria, y porque su nombre, vinculado a la ciencia por modo indeleble, está también unido a la gloria del Claustro de Fray Cristóbal de Torres.

Al aprobar la Consiliatura del Colegio el presupuesto de gastos para el año venidero, cuidaré de que se incluya la partida con que este Instituto ha de contribuir a la erección del monumento (1).

Deseo vivamente ver realizado el hermoso proyecto de ustedes y me es grato felicitarlos de antemano y ofrecerme como su afectísimo amigo y compatriota.

R. M. CARRASQUILLA

RECEPCION DE COLEGIALES

El viernes, 18 del pasado mes, a las ocho de la noche, se verificó en el aula máxima, con las imponentes y sobrias solemnidades de costumbre, en presencia del claustro pleno, la recepción de los nuevos colegiales don Luis Angel Rodríguez, don Domingo Antonio Arenas, don Guillermo Amaya, don Cristóbal García, don José Vicente Morales y don Hernando Velásquez, todos los cuales obtuvieron los primeros premios del Colegio el año anterior.

Entre el señor Rodríguez Luis Angel y el señor Rector se cruzaron los breves discursos siguientes:

«Señor Rector:

No sé qué extraña fascinación ejerce siempre en el espíritu del hombre acostumbrado a reflexionar so-

(1) La Consiliatura votó, en el presupuesto de gastos, la suma de cien pesos, para contribuir a la erección del busto de Mutis.

bre lo que lo rodea, la vida de aquellos grandes genios que han asombrado al mundo con la claridad de su inteligencia, la tenacidad y el temple de su voluntad, la profundidad de su doctrina o la magnificencia de sus obras. Y si consultamos las páginas y monumentos que de ellos nos hablan, lo más singular es encontrar que fueron mortales como nosotros, algunos de ellos con los mismos defectos que a nosotros nos aquejan y no pocos rodeados de estrechez y miseria. ¿Qué fuerza, nos preguntamos entonces, animaba esas voluntades para escalar las alturas de la inmortalidad? Y profundizando algo más, descubrimos que allá en el fondo de sus almas, cómo en el endurecido seno de una roca la preciosa gema, brilla una luz al principio confusa y vaga, pero luego refulgente y magnífica: es la luz del ideal. La vida del genio es la realización del ideal concebido en la infancia, ha dicho un pensador, y es feliz el que en sí lo lleva y trabaja de continuo por realizarlo.

También cada uno de nosotros, al ingresar a estos claustros, progresa hacia un fin; pero éste debe ante todo partir del conocimiento de sí mismo, *nosce te ipsum*, que dijo el filósofo pagano; conocimiento es éste que sólo se obtiene cumplidamente apartando los sentidos del mundo exterior, porque "nuestro espíritu se presenta a sus propios ojos con tanta mayor lucidez, cuanto es mayor la abstracción en que nos constituimos con respecto a los objetos externos," según expresión del apologista y filósofo español, de cuyas palabras podemos inferir que sólo en el retiro y el silencio podemos adquirir la ciencia, porque, "si la conversación enriquece el entendimiento, la soledad es escuela del genio."

Por eso nos retiramos del bullicioso ajetreo de las gentes, para recatarnos en apacible albergue donde

todo convida a la meditación y al estudio; aún más, como si la vida de la mente no fuera conciliable con las dulzuras del hogar, nos alejamos de los puros e íntimos goces que allí se experimentan, para modelar en regiones encumbradas y frías aquel ideal concebido en la infancia, grande y noble como lo que anima la luz del espíritu.

Cuando alguna vez el hombre se ve amargado por el desencanto o la desgracia, ansioso siempre de alcanzar lo intangible, lo que permanece oculto en la región del pensamiento, huye de la sombra y el vacío que a su lado lo atraen y se refugia en la soledad a reconsiderar lo andado y a tomar nuevo aliento o preparar elementos más eficaces para llevar a cabo la lucha sin tregua; tal es el medio de triunfar y de evitar el fracaso de muchos que "se olvidan de que viven."

Lugar de retiro es el Colegio de Fray Cristóbal de Torres; a él nos acogemos, porque nuestra mente viene a nutrirse con la verdad, libertadora del error y del mal y también la voluntad se endereza y se templea con el acatamiento de una autoridad paternal y de una disciplina sabia y prudente, y como auxiliar de la razón es la fe, en este cristiano Instituto, al lado de los estudios clásicos y ciencias modernas, van arraigando la fe y las creencias religiosas.

Señor Rector: Es ésta una escena grandiosa, a la vez que sencilla y familiar, repetida tiempo há, año tras año, en este venerable claustro de rancio sabor y clara procedencia; en ella se concede a los que han luchado perseverantes el honor más grande a que puede aspirar un colombiano bien nacido. Baste para ello considerar los nombres y hazañas de aquellos en cuyo pecho pendió el heráldico escudo de Calatrava y los que hoy ufanos lo ostentan con orgullo; no es éste el caso de rememorar sus hechos, que su elogio muchas veces

ha brotado con calor de labios elocuentes. En este puesto nos han precedido héroes y sabios, todos luchadores incansables, nimbados con la aureola inmortal de la ciencia y el martirio.

Cúpome el alto honor de representar a mis compañeros: en nombre de ellos os rindo homenaje de profundo agradecimiento; los votos que acabamos de hacer serán siempre estímulo de un proceder sin tacha y de un progreso constante hacia ideales dignos y levantados. Y yo a mi vez os digo que si convencido no estuviera de los desvaídos títulos a la distinción que se me hacía, no me hubiera ésta sorprendido tanto, pero ya que a vuestra bondad debo el honor, os guardaré por ello eterna gratitud.

He dicho.»

Monseñor Carrasquilla dijo:

«Señores y amigos:

El honor que os otorga el Colegio esta noche es el primero, y de cierto no será el menor de vuestra vida. Os felicito con toda el alma, porque lo habéis alcanzado con vuestra conducta y si lo habéis pedido como un favor, no lo habéis reclamado como un derecho. Una distinción inmerecida es sombra que oscurece, antes que nimbo que esclarezca; y la honra exigida deja de ser honra. Cuando Napoleón I fue consagrado Emperador de los franceses, arrebató en un movimiento de orgullo, de manos del Sumo Pontífice Pío VII, la corona y se ciñó las sienes con ella. En aquella hora quedó herida de muerte la dinastía napoleónica. Siglos antes Carlomagno, postrado de rodillas, había recibido del Papa León III las insignias imperiales. El Sacro Romano Imperio que nació entonces, perduró por mil años.

Colegiales del Rosario, como vais a serlo vosotros, fueron casi todos los varones que concibieron y reali-

zaron el ideal de una patria independiente; los que organizaron la República; los que la ilustraron con el saber, la ennoblecieron con la virtud, la defendieron con el valor y la ungieron con el sacrificio de la vida. Vais a recoger una herencia de santos y de sabios, de héroes y de mártires. Pero al que mucho se le da, mucho se le exige en retorno.

El escudo que vais a recibir y que llevaréis al pecho, dentro y fuera de los claustros es el blasón de los Guzmanes, uno de los cuales fue el defensor de Tarifa contra los moros; otro al defensor de la civilización cristiana contra los albigenses. Al primero le ha dado la historia el título de *el bueno*; al segundo le ha reconocido la Iglesia el dictado de *santo*. Ese escudo es la insignia de los caballeros de Calatrava, terror de la Media Luna en la guerra siete veces secular que principió en Covadonga y terminó ante los muros de Granada. Es dulce al corazón del cristiano, por ser símbolo de la devoción del rosario; y al corazón del patriota, por ser cifra de la epopeya colombiana, desde el movimiento de julio hasta las homéricas hazañas de la guerra a muerte; desde los gloriosos patibulos de la Huerta de Jaime hasta las dianas triunfadoras de Boyacá.

El cuádruple juramento que acabáis de prestar no es sino ratificación de promesas hechas a Dios de antemano: fidelidad a la fe católica que se os infundió en el bautismo, que os inculcaron vuestras piadosas madres, que será vuestro único consuelo en la hora postrimera de la vida; fidelidad a la patria colombiana, a quien debéis, después de Dios y en el orden natural, todo cuanto sois y lleguéis a ser en lo futuro; fidelidad a esta madre fecunda, *alma mater*, que os está dando la vida del espíritu, superior a la vida del cuerpo; fidelidad a la filosofía generosa de Santo Tomás

recomendada por León XIII el Grande; comprobada por Quatrefages, Lapparent y Pasteur, príncipes de la ciencia moderna.

La historia de nuestro instituto registra los nombres de algunos colegiales que, después de ganar honrosamente la beca blanca, desfallecieron en la tarea; los nombres de unos pocos que fueron traidores a sus juramentos. ¡Voluntades anémicas que se echaron a la vera del camino, a la mitad de la primera jornada! ¡Cabecitas sin meollo que empezaron a sentir el vértigo de las alturas al levantarse unas pulgadas del suelo!

No acontecerá esa desgracia con vosotros. Así me lo prometen vuestros antecedentes; así se lo pido todos los días a la Virgen Santísima del Rosario; así lo exige la patria colombiana, que necesita hoy, como siempre, de *hombres*, de *varones* constantes, dueños de la libertad que Cristo nos trajo del cielo y esclavos únicamente de la conciencia y el deber.

LA ORIGINALIDAD

Hay originalidad o novedad de ideas, y originalidad de forma o estilo.

La originalidad absoluta de ideas es de genios excepcionales, pues ordinariamente no hay ideas nuevas: *nihil sub sole novum* (1); o como advierte La Bruyère, ya todo está dicho después de miles de años en que no ha tenido reposo el pensamiento humano (2).

Con mucha razón dice Valera que si pretendiéramos ser absolutamente originales, tendríamos que leer todos los libros del mundo para no ir a repetir algún pensamiento ajeno.

(1) Eccl. I, 10--Cfr. Albalat, *La formation du style*, página 31.

(2) En parecidos términos se expresa Balzac.